

Una Semana Santa en Jerusalén

O. S. R.

Una de las emociones más hondas que puede gozar un sacerdote en esta vida, es pasar una Semana Santa en Jerusalén. Pero es una emoción íntima, de fe... po que exteriormente en cualquier otra parte se celebra una semana santa más pomposa. Jerusalén no ofrece, por ejemplo, el espectáculo conmovedor de unas elegantes andas con el Nazareno ni mucho menos una espontánea procesión del santo entierro como la de San Miguel, pues no hay que olvidar que en Jerusalén el catolicismo es una minoría en medio de un mundo de musulmanes, de judíos, y de ortodoxos.

Pero a pesar de ese ambiente de paganismo, indiferente al recuerdo que conmueve a un católico, encuentra uno allí estímulos para la fe que no los encuentra en ninguna otra ciudad del mundo.

Llegó nuestra peregrinación en la tarde del "sábado de Ramos". Nos alojaron en la "Casa Nuova" de los franciscanos. La ventana de mi cuarto era una invitación continua a la meditación: daba al oriente, allí cerca se levanta la negra cúpula del santo Sepulcro... y más allá, tras la muralla de Jerusalén y más allá del Cedrón, se ve perfectamente el Monte Getsemani en cuyas caldas está el huerto donde Jesús fue prisionado, y de cuya cima comenzó a subir a los cielos en la Ascensión.

La primera visita fue aquella tarde para el santo sepulcro. Me parecía estar asomado frente a aquella fachada conocida solo en los libros... con qué fe se besa aquella roca donde estuvo en pie la cruz cuando Jesús consumaba su martirio por nosotros... con qué admiración se ora de rodillas ante aquel sepulcro vacío donde se inició el triunfo definitivo de Cristo y de su Iglesia.

PALMAS DE BETFAGE. El domingo de Ramos amaneció luciendo una espléndida mañana de primavera. Mi primera misa de Jerusalén la dije en la basílica del Getsemani. Aquella mañana la pasé toda visitando aquellos contornos del divino huerto donde todavía viven olivos milenarios. Un poco más arriba está la capilla "del Dominus Flevis" que marca el sitio desde donde Jesús lloró sobre Jerusalén. Si el ingreso de Jesús el domingo de Ramos fue por la mañana, el espectáculo de Jerusalén era soñado: desde allí la ciudad santa se ve de oriente a poniente, el sol de la mañana la ilumina en toda su plenitud; en el lugar de esa árida explanada debieron fulgurar las riquezas del templo del que hoy "no queda piedra sobre piedra".

Pero las ceremonias se celebran por la tarde.

Betfagé, la misma aldea mencionada en el evangelio, es el punto de cita de los católicos: colegios, escuelas, asociaciones de Jerusalén, de Belén y de otros sitios, peregrinos venidos de todo el mundo... todos nos congregáramos en torno del Patriarca de Jerusalén. Se reparten las palmas y el imponente desfile comienza a descender. Muchedumbres de turistas, de musulmanes, de ortodoxos, luciendo típicos vestidos orientales, se apiñan a uno y otro lado del camino, mientras serpentean en la ladera la procesión bajo el batir de las palmas y el eco de los hosannas repetidos en todos los idiomas. Esto es el triunfo de Jesús... verdaderamente Jesús sigue viviendo en su Iglesia que val entiendo otra vez a Jerusalén. Y cuando uno pasa cerca del "Dominius flevis", vienen las lágrimas a los ojos al recordar el llanto de aquel divino Rey que desde aquí presintió las ruinas de su patria: "oh si conocieseis también tú, como éstos, lo que conviene a tu paz... Perr, van a venir sobre tí días en que te arrasarán a ti y a tus hijos, y no detarán piedra sobre piedra porque no conocen el tiempo de tu visitación..." Veinte siglos de desolación... un pueblo perennemente errante... esa línea del armisticio dividiendo la misma Jerusalén... esa explanada del templo donde Dios mostró su gloria y que hoy es árida y pagana... todos estos pensamientos ensombrecen el triunfo de las palmas y en el corazón se agitan a que las rias de emociones enconadas que agitaron el corazón de Cristo; el triunfo y el dolor.

La procesión entra a Jerusalén por la puerta de S. Esteban y termina en la Iglesia de Santa Ana, donde nació la Virgen. Nunca se ovida el espectáculo de aquella muchedumbre arrodillada para recibir la bendición eucarística. Aquella hostia consagrada es Jesús... la fe lo siente y como si un huracán soplara en la plaza, se agitan violentas miles de palmas para saludar al Señor.

NOCHES DE GETSEMANI. Yo no encuentro una emoción semejante a la de ir a meditar en las noches de semana santa al silencioso huerto de Getsemani. Después de cenar éste era mi paseo favorito en compañía de un piadoso jesuita.

Por las estrechas calles donde los árabes canturrian sus monótonas canciones pasábamos sin enciarnos pensando que un día caminaba por aquí el Cordero de Dios... Y allá tras el torrente del Cedrón, aferrado a las verjas que guardan el huerto de los olivos, nos deteníamos a reconstruir el camino que debió traer Jesús desde aquella colina surroeste donde está el cenáculo hasta este apartado rincón propicio a la plegaria... la misma luna ilumina el mismo paisaje donde un día se oyeron los lamentos de la pena moral más espantosa de la historia: la noche silenciosa parece llorar todavía aquí donde se dijo un día "mi alma está triste hasta la muerte... Padé e mio aparte de mi este cáliz... pero no se haga mi voluntad sino la tuya...".

Naturalmente la más hermosa de estas noches fue la del jueves santo. A pesar de una tormenta torrencial, la basílica se llenó de fieles que en silencio meditaban junto a aquella roca que interrumpe el pavimento del presbiterio, todos basan esa piedra... fue la que sirvió de reclinatorio a la más sublime de las oraciones... fue la roca ungió con el sudor de sangre... La polifonía de los franciscanos estremece el alma al narrar lo que allí sucedió en aquella noche de amor y de traición.

Bajo la luna de la noche ya avanzada regresáramos a nuestros hogares, en silencio... y la ventana de mi habitación seguía invitando a la contemplación de aquel paisaje de Getsemani.

pasa a la página 4

Una Semana . . . viene de la primera página

JUEVES SANTO

Se sufre hoy una inmensa desilusión en Jerusalén. La línea del armisticio nos permite pasar al cenáculo que está en la zona judía y está tan cerca de nuestro hospedejo. Como quisiera un sacerdote pasarse este día de rodillas en aquel lugar donde fue instituido un día como hoy la eucaristía y el sacerdocio. Pero aquella cocina celestial es hoy campo de guerra! El espíritu cumple su necesidad de adoración y gratitud en la basílica del santo sepulcro, donde las ceremonias fueron por la mañana por otra dificultad, las tradicionales intransigencias de los ortodoxos. Dios mio, cuánta división donde predicaste el amor!

A terminar la misa del Patriarca, la hostia consagrada es depositada en el mismo santo sepulcro. Todo el esplendor de los más ricos monumentos del mundo, se eclipsa ante la sencillez de esta piedra donde estuvo tres días muerto el Cuerpo de Jesús. A los sacerdotes se nos permite entrar a hacer oración y con qué fe se ora ante el Santísimo puesto allí, a la altura de la frente inclinada...

VIERNES SANTO

Los oficios se celebran en la basílica, pero en la capilla del calvario. Y como recordan vida allí las ceremonias de la adoración de la cruz... allí donde el amor de Dios la plantó en redención del mundo. En tanta la actualidad, que al cantar la pasión el cronista dice: "te inclinando la cabeza, aquí, entregó su espíritu". Con qué actualidad resucitan en aquel que están saliendo de los labios de Jesús moribundo en aquel sitio, aquellas preguntas del amor incomprendido: "pueblo mio, que te hice, o en qué te contristé... respóndeme!"

Yo mismo tuve la dicha de celebrar el miércoles en la misa en el calvario, y sentí extremecerse el alma al leer el cap. 62 de Isaías: "Quién es éste que viene de EDOM y de Bosra con los vestidos teñidos de sangre...?" Se siente de veras en el calvario la presencia doliente de la Víctima Divina, sobre todo el Viernes santo.

Al mediodía, la calle de la amargura, los 600 metros que separan la Torre Antonio del Calvario, se convierte en la cita más gáliba de todos los católicos para meditar el Via Crucis. Bajo el símbolo de la cruz, grupos de diversos grupos van recorriendo adque las catorce estaciones que forman el escenario auténtico del Divino Drama. La noche en el santo sepulcro. Una polifonía triste que parece recoger todos los arrepentimientos de la humanidad, ante la Víctima Universal llena la santa Basílica. Es el "Misereatur". Mientras cuatro sacerdotes bajan trayendo de calvario en una sábana blanca, la imagen del Señor Crucificado. Lo colocan en "la piedra de la unción" donde un día lo acarició la Virgen tras pasada de Dolor. Lo ungen con aroma y luego lo depositan en el santo sepulcro. En siete idiomas se predica aquella noche junto al santo sepulcro el misterio de Jesús muerto por nosotros.

EN LA GLORIA DE LA RESURRECCION

"Y será glorioso su sepulcro" se profetizó de esta divina tumba. La mañana pascual cubre de luces nuevos esta tumba vacía, el día orgánico de las y las solemnes campaneas hacen eco al "Gloria in excelsis" del Patriarca, y arriba de la cúpula el mismo cielo que presenció la resurrección, sigue presenciando el triunfo pascual de la Iglesia.

Bajo esta fuente primavera, toda Jerusalén parece nueva. Yo no resistí al deseo de volverla a ver desde donde la lloró el Señor. Pero esta vez, pasados los días dolorosos de la redención, se me antojaba como lo vó S. Juan en el apocalipsis, bella imagen del cielo y la Iglesia: "la santa ciudad la nueva Jerusalén, que desciende del cielo y de cerca de Dios, preparada como un desposado que se ha engalanado para su esposo" (Ap. 21).

Ai ver así a Jerusalén, después de la semana santa, símbolo del paraíso reconquistado vienen deseos de cantar en la nota gáliba de los viejos israelitas: "Si te olvidare, Jerusalén, o paladará si no te recordare y si a Jerusalén yo no pusiera como corona de mi alegría" (Salmo 136)